

La vida como objeto de problematización teórica

Sobre:

FASSIN, Didier (2018) *Life, a Critical User's Manual*, Cambridge, Polity Press, 150 págs.

Álvaro Villar Baile

Departamento de Sociología II,

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)

alvarovillar1993@gmail.com

Entre el profuso conjunto de investigaciones actuales sobre la vida como objeto de problematización teórica, el libro de Didier Fassin constituye una aportación novedosa, en la medida en que despliega su análisis en torno a una contradicción principal: la primacía de la vida como valor supremo dentro del contexto occidental y la presencia de realidades con formas de existencia en las que la vida no está asegurada. Esta relación constituye el núcleo conceptual en función del cual el autor despliega su análisis, contrastando dicha reflexión una nutrida carga de nociones desarrolladas por referencias gruesas de la teoría social, un cimiento analítico puesto a prueba a través de vivencias de campo del propio autor, producidas durante su trayectoria de investigación como antropólogo. En los párrafos que siguen, trataré de recorrer los aspectos más relevantes del libro, respetando la estructura y enfatizando aquellos elementos que considero más interesantes en relación con cuestiones que atraviesan todo el libro (los límites de la idea de humanidad, la distinción entre vida y muertes y la traducción política de todo ello).

Fassin abre el texto con un apartado a modo de preámbulo teórico, a través del cual el autor expone los principales asuntos sobre los que engarza los recorridos que componen el corpus del libro. A este respecto, introduce la expresión *minima moralia*, a través de la cual Theodor Adorno planteó la necesidad situar la comprensión de la vida como sostén conceptual mínimo, a partir de cual reflexionar sobre cualquier elemento de la realidad ante las formas de existencia generadas en la modernidad. Frente a la posibilidad de limitar el enfoque al análisis de

estilos y formas de vida generales, desde una perspectiva crítica, Fassin expone la necesidad de centrar la mirada sobre el tratamiento de vidas concretas, consideradas como precarias dentro de contextos actuales, aludiendo a aquellas realidades en penumbra, surgidas en el seno de sociedades regidas por democracias representativas en periodos de estabilidad. Ante este conjunto de ideas, el profesor de Princeton señala la ausencia de trabajos antropológicos que traten la vida como un objeto de análisis en sí, y no como medio para acceder a otros asuntos.

En esta línea, el autor señala la existencia de dos perspectivas principales: el análisis de la vida como *living matter*, compuesta por aproximaciones cercanas a la antropología de la ciencia y basadas en captar los efectos que los avances en estas cuestiones tienen en el desarrollo de las sociedades modernas; y el análisis de la vida como experiencia, compuesta por estudios centrados en analizar el sufrimiento humano como límite cultural, habitualmente enmarcados dentro de la antropología de la salud. Ante el vacío producido por el distanciamiento de estas dos vertientes respecto a su propuesta, Fassin propone tres caminos teóricos para analizar el concepto de vida como una noción multidimensional: *forms of life*, *ethics of life* y *politics of life*. En función de estas tres nociones se articula el contenido del libro, señalando la desigualdad como el principio diferencial que permite enlazarlas entre sí. Entiende, pues, la vida, como un puzzle en el cual cada parcela de realidad analizada durante sus investigaciones cobra significado a través del patrón que la une respecto al resto¹.

¹ Esto se expresa en el texto a través de una cita literal de la novela de Georges Perec *La vida, instrucciones de uso* (2017). Perec compartiría con Fassin una inquietud por pensar la

Bajo el título *Forms of life*, Fassin dedica el primer capítulo del libro a explorar caminos teóricos que permitan abordar un primer interrogante sustancioso: ¿cuál es la particularidad de la vida humana? El autor comienza su recorrido con una incursión en la obra de Georges Cangilhem. Mediante el planteamiento aportado por este autor, el texto comienza poniendo en valor la vinculación existente entre vida y conocimiento, de tal manera que conocer la vida humana implicaría en todo momento descomponer su complejidad, buscando analizar sus pequeñas grietas para así poder dotar de sentido a su multiplicidad. En términos analíticos, esto permite distinguir la vida humana como una estructura reconocible. Frente a este primer movimiento, el antropólogo recurre a la obra de Ludwig Wittgenstein a través del concepto que da nombre al propio apartado. Así, según la idea de formas de vida, la vida humana es comprendida como un producto de los juegos del lenguaje, siendo esta una realidad generada en el entendimiento mutuo de miembros de una comunidad y que supone tener en cuenta el funcionamiento del duplo trascendencia-contexto para analizar la posibilidad de la humanidad como una característica común. Este tipo de articulación tensiona el tono categórico de la primera referencia teórica y da lugar a posibilidades de análisis algo más flexibles en el campo. Ello sitúa al filósofo como una referencia habitual dentro de ciertas antropologías, concretamente, de aquellas cen-

vida como una categoría poco evidente, más allá de una dimensión particular, definida, en todo caso, a través de la unión de un conjunto. De hecho, la influencia del escritor francés es tal que incluso el título original del presente libro (*Life, a Critical User's Manual*) sería un guiño a dicha novela.

tradas en analizar los límites del lenguaje en situaciones de sufrimiento (Das, 1998).

El sentido del texto de Fassin culmina este cruce de planteamientos tomando nuevamente la referencia de Agamben. Bajo la letra de este segundo autor, existirían ciertas situaciones en las que la dualidad a través de la cual se entiende la vida humana como un fenómeno bien estructural —material de conocimiento— o bien contextual —producto del lenguaje— no es operativa. A este respecto, menciona ciertas situaciones donde, a través de la idea de *homo sacer* pensada por el autor, la vida y su forma concreta serían inseparables, constituyendo una realidad total compuesta de dualismos que se influyen mutuamente. En esta parte del texto, por primera vez, la reflexión se nutre de apuntes respectivos a vivencias en la denominada Jungla de Calais y en el CBD de Johannesburgo, contextos de investigación donde Fassin ha desarrollado sus últimas aportaciones y que volverán a aparecer constantemente. El primer lugar hace referencia al campo de refugiados situado a las afueras de la localidad francesa de Calais, que se originó tras la crisis migratoria iniciada en 2015 y que está habitado por personas procedentes de Asia y África, de países donde tiene lugar una violación sistemática de los derechos humanos. El segundo contexto corresponde a un complejo urbano de infraviviendas abandonadas, situadas en el corazón de la ciudad sudafricana y ocupadas por población migrante de países vecinos en situación de exclusión social. Fassin describe esos espacios como realidades en las que vida y muerte coexisten como una continuidad. Pasa a centrar el foco de su análisis en el lenguaje actual, concretamente en la diferencia de sentido existente entre las categorías que nombran a las personas

insertas en estas situaciones², para, posteriormente, tratar de analizar el conjunto de tensiones que rodean el análisis de estas circunstancias, utilizando para ello nociones presentadas en las páginas anteriores. Así, aparecen entonces tres relaciones diferentes. Una primera mantenida entre lo universal y lo particular, que nos lleva a interpretar el sufrimiento en este tipo de contextos como una historia común a todos los individuos, pero no siempre comunicable al resto. Una segunda tensión establecida entre biografía y biología, reflejada en la confrontación entre el hecho de sobrevivir y la posibilidad de pensar una trayectoria vital propia. Y, finalmente, una tercera tensión mantenida entre la existencia de leyes humanitarias, ejercitadas a través de prácticas policiales arbitrarias. Frente a este cruce de contradicciones, Fassin propone tener en cuenta la idea de vulnerabilidad como un rasgo objetivo y general —y no excepcional— en las realidades presentadas, pese a estar situadas en Estados en situación de paz. No obstante, esta reflexión problematiza aquellas perspectivas de la teoría social actual que vendrían a considerar la vulnerabilidad como un rasgo universal a todas las personas, como el elemento vinculante que justificaría ciertos discursos humanitaristas críticos (Butler, 2006). De este modo, aunque la desigualdad económica constituye un factor explicativo que subyace siempre a tal fenómeno, en el caso de los perfiles señalados (refugiados y solicitantes de asilo) sus efectos serían más

² En el caso de la Jungla de Calais, señala la dicotomía existente entre los conceptos anglosajones de *migrant/refugee*, mientras que en el caso sudafricano la diferencia se sostiene entre las categorías *illegal aliens/asylum seekers*, establecidos por Gobiernos y ONG en ambos casos, y que implican consecuencias políticas en las vidas de los afectados.

desgarradores que en cualquier otro perfil. Así pues, dada su no integración en el mercado laboral, estarían insertos dentro de lo que se entiende como un proceso de indefinición total (Biehl, 2005).

El libro continúa con un segundo capítulo bajo el epígrafe *Ethics of life*. El antropólogo abre esta parte del libro preguntándose sobre la posibilidad de aislar una suerte de sustancia ética que permita estudiar qué tipo de vida es considerada como correcta, aquella que se erige como valor supremo en la sociedad contemporánea. Tras esta disyuntiva, surgen dos vías de análisis. Por un lado, el paradigma encabezado por Emile Durkheim desde la sociología clásica, según el cual es posible diferenciar hechos morales objetivados en normas, aplicadas a un contexto concreto. Y, por otro lado, la perspectiva desarrollada desde el posestructuralismo por Michael Foucault, en la que cobran importancia formas de subjetivación subyacentes a cada sociedad, generadas por códigos de comportamiento vinculados en el individuo a través de una moralidad íntimamente vinculada al poder soberano. Tras esta dicotomía, el autor hace referencia a una tensión insalvable, presente en cualquier situación de investigación, mantenida entre la existencia de códigos locales y la aplicación mediante la traducción de principios universales. Fassin acaba concretando la argumentación desgranada desde la primera cuestión del capítulo señalando una paradoja recurrente en las situaciones a las que se enfrenta en sus temas de investigación: salvar vidas a menudo supone el sacrificio de otras. En este punto, el contenido del libro parece conversar con las líneas de estudio más prolijas dentro de lo que podemos llamar entresijos biopolíticos (Bazzicalupo, 2016), y concretamente, del paradigma in-

munitario desarrollado largo y tendido por Roberto Esposito (2011).

A tenor de estos razonamientos, el autor vuelve a recurrir a ejemplos empíricos para explicar cómo, en una época donde existe un veto general hacia los procesos migratorios dirigidos a los Estados occidentales, tiene lugar una priorización de la asistencia hacia personas afectadas por problemas de salud. Ello supone un giro en el *ethos* asistencial caracterizado por el imperio de lo que denomina razón humanitaria: el derecho a la vida como imperativo moral absoluto (Fassin, 2010). En primer lugar, expone la situación de un solicitante de asilo haitiano que, en la década de los 90, pese a huir del país por ser opositor político, únicamente consiguió ser acogido por el Estado francés en su condición de portador de VIH. Este caso pone en evidencia las dificultades de demostrar las consecuencias —en términos de trauma y heridas— de sufrir persecución de carácter ideológico, frente al reconocimiento de los síntomas de un padecimiento físico. En segundo lugar, explica, la crisis epidémica que sufrió Sudáfrica a principios de siglo por la difusión de esa misma enfermedad entre mujeres en estado de gestación, proceso que derivó en una profunda crisis gubernamental, dada las confrontaciones ideológicas mantenidas entre voces que proponían dirigir los fondos públicos reservados hacia el bienestar de las afectadas, garantizando el sustento de sus necesidades básicas, y aquellas que planteaban subvencionar la toma de medicamentos por aquel entonces existentes, que priorizaban la salud del feto. Estos casos evidencian la puesta en valor de la vida como fenómeno biológico frente a concepciones más complejas, que la interpretan como una realidad social multidimensional. En otras palabras, se trataría de elegir entre valorar cada vida como

fenómeno estanco —volvemos a la pieza de puzle— o considerar la igualdad social como un factor que nos atraviesa a todos —como un patrón general—.

Tras esta reflexión, Didier Fassin introduce a Walter Benjamin como el autor sobre el que se descarga las ideas que emergen tras la vida entendida como realidad ética. Concretamente, hace referencia a la doctrina de santidad, que la sacraliza como un elemento que sobrevive a los restos de la tradición cristiana y cuyo epítome constituyen las representaciones de la pasión de Cristo. Esto nos lleva a recordar la existencia de una forma muy concreta de reconocer el sufrimiento válido, muy vinculado a un conjunto de rasgos heredados de lo que fue la estética barroca, presentes en todo momento a la hora de configurar una idea de víctima identificable en cualquier proceso institucional (Robles Elong, 2014).

Bajo este proceso, el autor pasa a señalar los dos efectos históricos del humanitarismo vinculado a la biolegitimidad, es decir, su reducción al propósito de salvar vidas: la abolición de la esclavitud y la justificación de intervenciones militares actuales. En esta línea, y cerrando este segundo capítulo, presenta la idea del martirio como un elemento que confronta directamente con el tono ético de estas políticas, entendiendo aquel como el proceso de sacrificio llevado a cabo por algunas personas en la vida terrenal para asegurarse la trascendencia a otra vida. El martirio es un acto más interesante por su significado que por su eficacia y que, en cierto sentido, da lugar a una figura que cataliza un temor compartido dentro del imaginario desarrollado en las sociedades occidentales contemporáneas.

El libro se cierra con un tercer y último capítulo, titulado *Politics of life*. Fassin co-

mienza vinculando la idea de sociedad a la responsabilidad colectiva del gobierno de las personas. Tomando esto como referencia, propone estudiar qué políticas hacen la vida humana. El autor utiliza la noción de biopolítica para justificar el origen de la reflexión, pero acto seguido pasa a desvincularse de Foucault a la hora de llevar a cabo una aplicación práctica del concepto. A tal efecto, rebaja el énfasis puesto por ese autor sobre las tecnologías de gobierno y señala el riesgo de focalizar el análisis en lo excepcional, en situaciones alejadas de lo cotidiano que eluden los efectos de la desigualdad social ordinaria. Dicho esto, se plantea como una necesidad restaurar la relación ente vida y política, para lo cual señala dos caminos: por un lado, hablar de vida humana-política y no tanto de población-gubernamentalidad; y, por otro, considerar esa relación desde un ángulo a través del cual la política introduzca la vida humana en la realidad banal.

Fassin introduce aquí el asunto del valor en relación con la vida humana y centra su análisis en el surgimiento histórico de los seguros de vida y la noción de indemnización. Esta práctica vinculada a la racionalización monetaria se desarrolló a partir de la industrialización, en confrontación con la elevación cristiana de la vida como valor supremo, a la que alude continuamente. Dicho esto, surge aquí una inversión del racionamiento, siendo el asegurado aquel que ha sabido invertir bien su tiempo en vida para poder asegurarse una «buena muerte» —en este punto, la reflexión parece guardar los ecos de la figura mártir comentada líneas atrás—. Al calor de los seguros y las indemnizaciones, el autor continúa lanzando interrogantes a modo de polémica: ¿cómo valorar económicamente la vida?, ¿qué compensación económica es suficiente?, ¿a quién responsabilizar de una

desgracia con causa anónima?, ¿dónde acaba la responsabilidad del individuo y empieza la del grupo? El correlato práctico de esta serie de cuestiones termina siendo la existencia de víctimas más o menos visibles, insertas en una estructura de jerarquía y reconocimiento (Gatti y Martínez, 2017). Ello pone sobre la mesa la contradicción mantenida entre las políticas de vida y la idea de ética de vida presentada en el capítulo anterior, de modo que el libro continúa confrontándose sobre sus propias partes. Finalmente, el autor utiliza el concepto de muerte social de Orlando Patterson para analizar las prácticas llevadas a cabo en ciertas sociedades. Si bien la cadena perpetua ha sustituido a la pena de muerte como límite punitivo, esta situación nos encara ante la existencia de un tipo de vida completamente devaluada, algo que pone de nuevo en en-

tredicho la separación establecida entre vida y muerte como ideas contrapuestas.

En síntesis, la principal aportación que hace Didier Fassin a través del presente título quizás sea la apertura de nuevas sendas de análisis para abordar temas de larga tradición, más antigua incluso que la propia teoría social como tal. Es necesario poner en valor aquí la capacidad de conjugar modelos explicativos habitualmente excluyentes. Ello da lugar a un texto que celebra la comprensión de la vida como una idea en constante disputa, plagada de aristas y claroscuros. Un manual de instrucciones que, lejos de simplificar la realidad en un manejo de anagramas y procedimientos, estimula el desarrollo de interrogantes tan infranqueables como prósperos.

Bibliografía

- BAZZICALUPO, Laura (2016) *Biopolítica. Un mapa conceptual*, Santa Cruz de Tenerife, Melusina.
- BIEHL, João (2005) *Life in a Zone of Social Abandonment*, Los Angeles, University of California Press.
- BUTLER, Judith (2006) *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós.
- DAS, Veena (1998) «Wittgenstein and anthropology», *Annual Review of Anthropology*, 27: 171-195.
- ESPOSITO, Roberto (2011) *Bios. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- FASSIN, Didier (2010) «El irresistible ascenso del derecho a la vida. Razón humanitaria y justicia social», *Revista de Antropología Social*, 19: 191-204.
- GATTI, Gabriel y MARTÍNEZ, María (2017) «El campo de las víctimas. Disensos, consensos e imaginarios compartidos en el nacimiento del ciudadano-víctima», in G. GATTI (ed.), *Un mundo de víctimas*, Barcelona, Anthropos, 73-90.
- PEREC, Georges (2017) *La vida, instrucciones de uso*, Barcelona, Anagrama.
- ROBLES ELONG, Iñaki (2014) «Sangre, vísceras y traumas: retórica del patetismo para una (auto) presentación de la víctima en la España contemporánea», *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 4: 325-339.